

“vos perdeis en dar pávalo á las vuestras. ¡Jó- ven presuntuoso! ¿habeis creído que el hombre puede bastarse á sí mismo? La soledad es mala para el que no vive con Dios; rebobla las fuerzas del alma, al mismo tiempo que las quita todo motivo de ejercicio. Cualquiera que ha recibido algunas fuerzas, las debe emplear en el servicio de sus semejantes: si deja que sean inútiles, inmediatamente es castigado por una secreta miseria, y tarde ó temprano le envía el cielo un castigo espantoso.”

Turbado todo con estas palabras, levantó René del seno de Chactas su humillada cabeza: el ciego Sachem comenzó á sonreírse, y aquella sonrisa de la boca, que no iba unida con la de los ojos, tenía alguna cosa de misteriosa y celestial. “¡Hi- jo mio, dijo el antiguo amante de Atala, él nos habla severamente; corrige al anciano y al joven y tiene razon. Si, es menester que dejes ese extraño modo de vivir que no acarea mas que inquietudes; la felicidad se encuentra en los caminos trillados.

“Estando un día el Meschabece aun muy cerca de su origen, se cansó de ser tan solo un cristalino arroyo. Pidió nieves á las montañas, aguas á los torrentes, lluvias á las tempestades, y llegó á reunir un caudal inmenso. Traspasa en breve sus riberas y sola su encantado- ras orillas. Jactóse luego el orgulloso arroyo de su poder; pero viendo que inmediatamente quedaba todo desierto, que corría abandonado en una grande soledad y que siempre estaban turbias sus aguas, lloró amargamente no solo el primero y el humilde lecho que habia formado la naturaleza, sino la pureza de su primera corriente, y los pájaros, flores, árboles y arroyuelos amables, compañeros inseparables de sus aguas en tiempos pasados.”

Dejó de hablar Chactas y se oyó la voz del *flamante*, que retirado en las cañas del Meschabece, anunciaba una tempestad hácia el medio del día. Levántaróse los tres amigos para volverse á sus cabanas: René caminaba silencioso entre el misionero que oraba á Dios, y el ciego Sachem que buscaba su camino. Se dice que obligado por los dos ancianos, volvió á habitar con su esposa, pero sin hallar con ella la felicidad que buscaba. Percibió poco tiempo después con Chactas y el padre Souel, en la mortandad de los franceses y Natches en la Luisiana. Aun se manifiesta allí una peña donde al ponerse el sol iba á sentarse.



LIBRO QUINTO.

DE LO MARAVILLOSO, O DE LA POESIA EN SUS RELACIONES CON LOS SERES SOBRE- NATURALES.

CAPÍTULO I.

LA MITOLOGÍA MINORADA LA NATURALEZA: LOS ANTIGUOS NO TERMIAN POESÍA LLAMADA PROPIAMENTE DESCRIPTIVA.

Hemos hecho ver, en los libros precedentes, que el cristianismo, mezclándose con las afecciones del alma, ha multiplicado los resortes dramáticos. Ni aun una vez siquiera se empleaba el politeísmo en los vicios y virtudes; estaba totalmente separado de la moral. He aquí pues una parte inmensa que el cristianismo abstrae mas que la idolatría. Veamos además si excede en belleza á la mitología en lo que se llama *maravillas*.

No se nos oculta que tenemos que combatir en este particular contra una de las preocupaciones mas antiguas de la escuela. Todas las autoridades están contra nosotros, y se nos pueden citar mas de veinte versos del Arte poética que nos condenan.

¿Qué objeto finalmente Mas digno de ponerse ante los ojos? etc.

Sea lo que se quiera, no es imposible sostener que la mitología tan ensalzada, lejos de hermosear la naturaleza, destruye sus verdaderos hechizos, y nos parece que en el día son de esta opinion muchos literatos distinguidos.

El primero y mayor vicio de la mitología era desde luego *adornar* la naturaleza y *desterrar* la verdad. Es una irrefragable prueba de esto el que la poesia que nosotros llamamos *descriptiva*, fué ignorada de toda la antigüedad; los mismos poetas que cantaron la naturaleza, como Hesiodo, Teócrito y Virgilio, no han hecho *descripción* en el sentido que tomamos aquí esta palabra. Nos han dejado sin duda admirables pinturas de los trabajos, costumbres y felicidad de la vida rústica; pero por lo tocante á aquellas pinturas de los campos, de las estaciones y de los accidentes del cielo que han enriquecido la musa moderna, apenas se halla un rasgo en todos sus escritos.

Es cierto que son excelentes aquellos pocos rasgos, así como lo restante de sus obras. Cuando Homero describió la gruta del ciclope, no la entapizó de *lilas ni de rosas*; puso en ella *lavandas y altos pinos*, como Teócrito. En los jardines de Alcino habia correr fuentes y florecer árboles útiles; en otra parte habla de la colina *acotada de los vientos y cubierta de higueros*; representa el

1 Véase la nota 16 al fin de la obra.

humo de los palacios de Circe elevándose sobre un bosque de encinas.

Virgilio usó en sus pinturas de la misma verdad. Da al pino el epíteto de *armonioso*, porque tiene en efecto una especie de gemido suave cuando le agita débilmente el viento; están comparadas las nubes en las Geórgicas á las vejigas de lana arrolladas por los vientos, y en la Eneida gorjean las golondrinas bajo la chimenea del rey Evandro, ó pasan rasando los pórticos de los palacios. Horacio, Tibulo, Propertio y Ovidio tienen tambien algunos dibujos de la naturaleza; pero esto jamás pasa de un sombrio favorecido de Morfeo, de un valle donde debe bajar Citeres, ó de una fuente donde descansa Baco en el seno de las Náyades.

La edad filosófica de la antigüedad no mudó cosa alguna á este estilo. El Olimpo, en el que ya nadie creia, se refugió entre los poetas que protegieron en retorno á los dioses que les habian protegido. Stacio y Silio Itálico no se alejaron mas que Homero y Virgilio en la poesia descriptiva; solo Lucano dió un paso mas en esta carrera, y se halla en la Farsalia la descripción de un bosque y de un desierto cuyos colores se asemejan á los modernos.

Finalmente, los naturalistas fueron tan sobrios como los poetas, y siguieron poco mas ó menos la misma proporción. Así es que Plinio y Columela, que son posteriores, describieron mas la naturaleza que Aristóteles. Entre los historiadores y filósofos se hacen notables por algunas bellas pinturas y descripciones, Jenofonte, Tácito, Plutarco y Plinio el joven.¹

No se puede creer que unos hombres tan sensibles como los antiguos no hayan tenido ojos para ver la naturaleza y talento para pintarla: es preciso pues que los haya cegado alguna causa poderosa. Luego esta causa era la mitología, que poblando el mundo de adornadas fantasmas, privaba á la creación de su gravedad, de su grandeza y de su soledad. Ha sido preciso que viniere el cristianismo á desterrar todos aquellos rebalos de faunos, sátiros y ninfas, para volver á las grutas su silencio y á los bosques su entusiasmo. Los desiertos han tomado bajo nuestro culto un carácter mas triste, mas general y mas sublime; se ha elevado la cúpula de las florestas; los rios han roto sus pequeños diques, solo para derramar las aguas del abismo desde la cima de

las montañas, y entrando el verdadero Dios en sus obras, ha dado su inmensidad á la naturaleza.

El espectáculo del universo no podia hacer percibir á los griegos ni á los romanos las emociones que difunde en nuestra alma. En lugar del sol poniente cuyo rayo ya casi amortiguado hiera unas veces las hojas de los árboles sombríos y otras forma una tangente de oro sobre el arco rodadero de los mares; en vez de estos accidentes de luz que nos recuerdan cada mañana el milagro de la creación, solo veían los antiguos una uniforme tramoya de ópera.

Si el poeta se paseaba por los valles del Taigete, por la orilla del Esperquio, sobre el Menalo, un estimado de Orfeo, ó por las campiñas de Flora, á pesar de la dulzura de estas denominaciones, no hallaba mas que fantasmas ni oía mas que dríades: allí estaba Priapo sentado sobre un tronco de oliva, y Vertumno dirígida con sus esfíros interminables danzas. Los silvanos y las náyades pueden presentarse agradablemente á la imaginación, con tal que no se reproduzcan muy á menudo. No queremos

..... desterrar los tritones
Del imperio que han sobre las aguas,
Ni á Pan quitar su flauta, ni á las parcas
Sus tjeras enormes ocultarias....

Mas por último, ¿qué deja todo esto en el fondo del alma? ¿qué resultados trae para el corazón? ¿qué fruto suministra al pensamiento? ¡Ah! ¿cuánto mas favorecido es el poeta cristiano en la soledad en que Dios se pasea con él! Libres de aquella multitud de dioses ridiculos que limitaban por todas partes los bosques, se les representan estos llenos de una diversidad inmensa. El don de profecía y de sabiduría, el misterio y la religion parecen que residen siempre en sus profundidades sagradas.

Internos en aquellos bosques americanos tan antiguos como el mundo, y veréis, cuando estan apaciguados los vientos, qué silencio tan profundo se advierte en sus retiros, qué voces desoñocidas cuando el aire se llega á levantar. Estais inmóvil y todo enmudece; daís un paso y todo gime. Se acerca la noche, se opan las tinieblas y á su amparo se oyen andar manadas de bestias salvajes; murmulla la tierra á vuestros pasos; hacen bramar los desiertos algunos rayos; se agita el bosque, caen los árboles, corre delante de vuestros pies un río desecocinado, por último, sale la luna del Oriente. A medida que pasais al pie de los árboles, parece que este astro anda errante en su cima por delante de vos y que sigue tristemente vuestras miradas. Se sienta el viajero sobre el tronco de una encina para capturar el día, mira sucesivamente al astro nocturno, á las tinieblas y al río: se siente inquieto, agitado y como en espera de cierta cosa desoñocida. Un inaudito placer y un temor extraordinario hacen

palpar su corazón como si fuese á ser admitido á algún secreto de la Divinidad: está solo en lo interior de los bosques, pero el entendiéndonlo del hombre abraza fácilmente los espacios de la naturaleza y todas las soledades de la tierra son como vastos que un solo pensamiento de su corazón.

Si, aun cuando detestas el hombre la Divinidad, sería todavía el ente racional más angustio en medio de los campos solitarios, sin acompañamiento y sin espectador, que si apareciese rodeado de pequeñas deidades fabulosas. Aun el vacío desierto convendría algo con la extensión de sus ideas, la tristeza de sus pasiones y el mismo disgusto de una vida sin ilusión y sin esperanza.

Hay en el hombre un instinto que le pone en relación con las escenas de la naturaleza. Y ¡quién no habrá pasado horas enteras sentado á la orilla de un río, viendo cómo se deslizan sus olas! ¡quién no se habrá complacido en las riberas del mar al ver blanquear el distante escollo! Debemos lamentarnos de los antiguos que no habían hallado en el océano más que el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo; era cosa bien terrible no ver más que las aventuras de los tritones y de las Nereidas en la inmensidad de los mares, que nos da una medida confusa de la grandeza de nuestra alma y un deseo ilimitado de dejar la vida para abrazar la naturaleza y confundirnos con su autor.

CAPITULO II.

DE LA ALEGORÍA.

¿Pues qué! exclamará alguno, ¿no hallais algo de bello en las alegorías antiguas?

Es preciso hacer una distinción. La alegoría moral, como la de las *Sápietas* en Homero, es hermosa en todo país, en todo tiempo y en toda religión; el cristianismo no la ha desechado. Podemos, siempre que queramos, poner al pie del Arbitro soberano los dos toncles del bien y del mal. Y aun tendremos nosotros la ventaja de que nuestro Dios no obyrará injusta y casualmente como Júpiter; espáreseñ las olas del dolor sobre la cabeza de los mortales, no por capricho, sino por un fin desconocido de todos menos de él. Sabemos que nuestra felicidad en la tierra está coordinada y se encamina á una felicidad general, en una cadena de entos y mundos que se ocultan á nuestra vista; que el hombre, en armonía con los globos, camina á paso igual con ellos al cumplimiento de una revolución que cubre Dios con su eternidad.

Pero si la alegoría moral está siempre en pie para nosotros, no sucede así con la física. Que Juno sea el *aire*, que Júpiter sea el *éter* y que de este modo sean también el esposo y la esposa, el hermano y la hermana, ¿dónde está el encanto y grandeza de esta personificación? Mas, nosotros sostenemos que esta especie de alegoría es

contra los principios del gusto y aun de la sana lógica.

No se puede ni debe personificar nunca más que una *calidad*, una *afcción* de la cosa, y no la *cosa misma*; de otro modo no es una verdadera personificación, sino haber hecho mudra de nombre al objeto. Yo puedo hacer hablar á una piedra; pero ¿qué conseguiré con aplicar á esta piedra un nombre alegórico? Luego el alma, cuya vida es la naturaleza, tiene por esencia la facultad de producir, de manera que uno de sus vicios y uno de sus virtudes pueden considerarse como su *hijo* ó como su *hija*, pues verdaderamente ella los ha engendrado. Esta pasión, activa como su madre, puede consiguientemente crecer, desenvolverse, tomar facciones y llegar á ser un ente distinto. Pero ¿puede el *objeto físico*, ente pasivo por su esencia, suministrar á la alegoría alguna cosa propia? No siendo susceptible de placer ni de dolor, no teniendo más que un accidente y no pasiones, y unos accidentes tan muertos como él mismo, no presenta cosa que pueda ser animada. Formareis un ente alegórico de la dureza del guijarro ó del yugo de la encaña? Además de que es menester advertir también que el gusto queda más satisfecho con las *dríades*, *náyades*, *céfros* y *ecos*, que con las ninfas adheridas á objetos mudos é inóviles: esto consiste en que se halla en los árboles, en el agua y en el aire, un movimiento y un ruido que recuerdan la idea de la vida y que por consiguiente pueden suministrar una alegoría como el movimiento del alma. Pero en cuanto á lo demás, esta especie de *poética alegoría* material, aunque un poco menos mala que la *grande alegoría física*, siempre es de un género mediano, frío é incompleto; en lo más se parece á las *opras* de los árabes y á los *genios* de los orientales.

Por lo que toca á aquellos dioses desconocidos que los antiguos colocaban en los bosques desiertos y sobre los sitios salvajes, hacían sin duda un efecto muy bello, pero no tenían conexión con el sistema mitológico; aquí coincidía el entendimiento humano con la religión natural. Aquello que adoraba el tímido viajero pasando por las soledades, era cierta cosa *ignorada*, cierta cosa cuyo nombre no sabía él, y á la cual llamaba la *divinidad de aquel paraje*; le daba á veces el nombre de Pan, y Pan era el *Dios universal*. Aquellas grandes emociones que inspira la naturaleza inculta, no han cesado de existir, y los bosques conservan aun para nosotros su formidabilidad divina.

Finalmente, es tan cierto que la *alegoría física* ó los *dioses de la fábula* destruyen los encantos de la naturaleza, que los antiguos no han tenido verdaderos pintores del paisaje¹ por la misma razón por la cual carecían de poesía descriptiva. Pues esta poesía ha sido más ó menos conocida entre los otros pueblos idolátras que han ignorado el sistema mitológico: esto lo prueban los poemas ascritos, los cuentos árabes, los *clásicos* y las canciones de los negros y de los salvajes.² Pero como las naciones infieles han mezclado siempre su falsa religión (y por consiguiente su mal gusto) en sus obras, solo por el cristianismo se ha sabido pintar la naturaleza con sus colores verdaderos.

CAPITULO III.

PARTE HISTÓRICA DE LA POESÍA DESCRIPTIVA ENTRE LOS MODERNOS.

Apenas habían comenzado los apóstoles á predicar al mundo el Evangelio, cuando se vio nacer la poesía descriptiva. Todo volvió á entrar en la verdad, *delante de aquel que ocupa el lugar de la verdad sobre la tierra*, como habla san Agustín. Cesó la naturaleza de dejarse oír por medio del embustero órgano de los ídolos, se conocieron sus fines y se supo que había sido criado primeramente para Dios y después para el hombre. Con efecto, nunca predica ella más que dos cosas: Dios glorificado por sus obras, y las necesidades del hombre satisfechas.

Este grande descubrimiento hizo mudar de aspecto á la creación: con su parte espiritual, es decir, por medio de este pensamiento de Dios que ella manifiesta por todas partes, recibe el alma una nutrición abundante, y con su parte material percibe el cuerpo que todo había sido criado para él. Desde entonces se desvanecieron las vanas ideas aplicadas á los seres insensibles y las cosas fueron animadas con más realidad, las ciencias florecieron oráculos mucho más ciertos, y los vientos y las olas dieron voces mucho más penetrantes, cuando el hombre sacó de su propio corazón la vida, los oráculos y las voces de la naturaleza.

Hasta este punto había sido mirada la soledad como horrorosa; pero los cristianos hallaron en ella mil hechizos. Los anacoretas escribieron de la dulzura de los montes y de las delicias de la contemplación: este es el primer paso de la poesía descriptiva. Los religiosos que publicaron la vida de los primeros padres del desierto, se vieron obligados consiguientemente á hacer la descripción de los retiros donde habían ocultado su gloria. Aun tenemos en las obras de san Jerónimo y de san Atanasio descripciones de la naturaleza que prueban sabían observar y hacer amar lo que pintaban.

Este nuevo género, introducido en la literatura

1 Véase la nota 17 al fin de la obra.
2 Hieronymus in *Vita Pauli*. Sanct. Atham. in *Vita Antonii*.

ra por el cristianismo, se desenvolvió rápidamente. Extendióse hasta en el estilo histórico, como se advierte en la colección llamada la *Historia* y sobre todo en las historias de Proopio. Se propagó igualmente, pero se corrompió entre los romancistas griegos del Bajo Imperio y entre algunos poetas latinos en el Occidente.¹

Después de la toma de Constantinopla por los turcos, se vio formar en la Italia una nueva poesía descriptiva, compuesta de reliquias del genio moro, griego é italiano. El Petrarca, el Ariosto y el Taso la colocaron en el grado más alto. Pero esta brillante descripción carece de verdad. Consiste en ciertos epítetos repetidos á cada paso y aplicados siempre del mismo modo. Se hizo indispensable el no salir de un *bosque espeso*, de una *cueva fresca* ó de las orillas de un *bosque de jaspe*. Todo se llenaba de *bosques de jazmines*, de *huertas de jazmines* y de *rosales*.

Flora volvió con su castillo y no faltaron á su acompañamiento los antiguos céfros; pero no hallaron en los bosques ni á las *náyades* ni á los *faunos*; y si no hubieran encontrado á las *agoraras* y á los *gigantes* de los moros, corrían el peligro de perderse en esta inmensa soledad de la naturaleza cristiana. Cuando da un paso el entendimiento humano, es preciso que todo camine con él; todo se muda con sus claridades ó con sus tinieblas: así le cuesta trabajo al presente admitir pequeñas divinidades donde solo ve grandes espacios. En vano querría colocar á la amante de Itón sobre un carro y cubrirla de flores y de rocío. No podría evitar que aparezca desproporcionada, pasando un débil luz por aquellos cielos infinitos que la desarrollan el cristianismo: esto dejó pues el cuidado de iluminar el mundo al que lo hizo.

Esta poesía descriptiva italiana pasó á Francia y fué adoptada favorablemente de los Bonnard, Lemoine, Cors, Saint-Amand, y de nuestros antiguos romancistas. Pero disgustados de semejantes pinturas en que no veían verdad alguna, los grandes escritores del siglo de Luis XIV la destruyeron de sus obras en prosa y verso: este es uno de sus caracteres distintivos, el no hallarse entre ellos vestigio alguno de lo que nosotros llamamos *poesia descriptiva*.²

Desechada en Francia, se refugió á Inglaterra la musa de los campos, donde la habían ya dado á conocer Spenser, Waller y Milton. Allí perdíó por grados su estilo afectado, pero cayó en otro exceso. No pintando más que la verdadera naturaleza, quiso pintarlo todo y cargó excesivamente sus pinturas de objetos demasiado pequeños ó de circunstancias caprichosas. El mismo

1 Boece etc.

2 Es preciso exceptuar á Fenelon, la Fontaine y Chaulieu. Racine el hijo, padre de esta nueva escuela poética, en la que ha excedido Mr. Daille, puede ser mirado también como el fundador de la poesía descriptiva en Francia.

mo Thompson, tan superior á los otros tres, tiene en su canto del Iuvieno descripciones de una languidez mortal: tal fué la época segunda de la poesía descriptiva.

Desde Inglaterra volvió á Francia con las obras de Pope y del cantor de las Estancias. La costó trabajo introducirse, porque la hizo frente al antiguo estilo italiano, que habían hecho recibir Mr. Dorat y algunos otros. Triunfó por último, y debió la victoria á Delille y Saint-Lambert. En fin, se perfeccionó por la musa francesa, se sometió á las reglas del gusto y llegó á su tercera época.

Digamos, sin embargo, que se mantuvo pura, aunque desconocida, en las obras de algunos naturalistas del siglo de Luis XIV; como en Tournefort y el padre du Tertre. Este renne á una imaginación viva un genio tierno y pensativo, y se sirve tambien, como La Fontaine, de la palabra *melancholia* en el sentido en que la usamos aquí. Así no estuvo privado enteramente el siglo de Luis XIV del verdadero estilo descriptivo, como se ha podido suponer, aunque solamente usado en las cartas y relaciones de nuestros misioneros.¹ De aquella fuente es de donde hemos sacado esta especie de estilo, que hoy creemos tan nuevo.

Por otra parte, las admirables pinturas esparcidas por la Biblia pueden servir para probar que la poesía descriptiva se originó entre nosotros del cristianismo. *Job, los Profetas, el Eclesiástico*, y sobre todo los *Salmos*, están llenos de descripciones magníficas. El salmo *Benédic, anima mea*, es una obra maestra en este género.

“Alma mía, bendice al Señor: Señor, mi Dios, qué grande sois en vuestras obras!”

“Vos separáis las tinieblas, y la noche está sobre la tierra: entonces es cuando las fieras de los bosques andan por la sombra y cuando los rugidos de los leonellos clamán por la presa y piden á Dios el alimento prometido á los animales.”

“Mas se aparece el sol, y se retiran las fieras montañas...”

“Sale entonces el hombre para el trabajo del día y cumple con su obra hasta que llegue la noche...”

“Qué dilatado es este mar que extiende á lo largo sus espaciosos brazos! innumerables animales se mueven en su seno, los mas pequeños como los mas grandes, y los navíos pasan sobre sus aguas.”

Horacio y Píndaro se quedaron muy atrás de esta poesía.

Nosotros hemos tenido razon para decir que al cristianismo es á quien debo su talento para pintar las escenas de la soledad Mr. Bernardino de

¹ Cuando hablemos de las misiones, se verán ejemplos muy bellas.

² Saterio francés, pag. 140, en 8.ª traducción de la Harpe.

Saint-Pierre: se lo debe á él, porque destruyendo nuestros dogmas las divinidades mitológicas, han vuelto la verdad y majestad á los desiertos; y se lo debe porque ha encontrado en el sistema de Moisés el verdadero sistema de la naturaleza.

Pero aquí se presenta otra ventaja del poeta cristiano: si su religion le suministra una naturaleza *solitaria*, él puede tener tambien una naturaleza *habitada*. Es dueño de poner los ángeles para custodia de los bosques, de las cataratas de los abismos, ó de confiarlos los soles y los mundos. Esto nos encamina á los seres *sobrenaturales*, ó á lo *maravilloso* del cristianismo.

CAPITULO IV.

EXAMINÁSE SI LAS DIVINIDADES DEL PAGANISMO TIENEN PÓETICAMENTE LA SUPERIORIDAD SOBRE LAS DIVINIDADES CRISTIANAS.

Todas las cosas tienen dos aspectos. Nos podrán decir personas imparciales:

“Se os concede que en cuanto á los hombres ha suministrado el cristianismo una parte de las ideas que faltaba á la mitología, y además ha ofrecido la verdadera poesía descriptiva. Ha aquí dos ventajas que reconocemos y que bajo cualquiera respecto pueden justificar vuestros principios y contrapasar las bellezas de la fábula. Pero ahora debéis convenir, si obráis de buena fe, que cuando las divinidades del paganismo obran directamente por sí mismas, son mas poéticas y dramáticas que las divinidades cristianas.”

A primera vista podría parecer esto así. Participando los dioses antiguos de nuestros vicios y virtudes; teniendo como nosotros cuerpos sujetos al dolor y pasiones irritables como las nuestras; mezclándose con la raza humana y dejando aquí abajo una posteridad mortal, no son mas que una especie de hombres superiores, á quienes se puede hacer obrar como á los otros hombres. Nos inclinamos pues á pensar que aquellos dioses suministran mayores recursos á la poesía que las inteligencias impassibles ó incorpóreas del cristianismo; pero prestando á esto un poco de consideración, hallaremos que esta superioridad dramática se reduce á muy poca cosa.

En primer lugar, siempre ha habido en toda religion para el poeta y el filósofo dos especies de deidades; y así el ser abstracto del cual han hecho tan bellas pinturas Tertuliano y san Agustín, no es el *Jehovah* de David ó de Isaías. De cualquiera manera que se les dé á conocer, siempre es muy superior el uno y el otro al *Thaos* de Platon y al *Júpiter* de Homero. Por lo mismo, no es verdad en todo su rigor que estén enteramente privadas de toda pasion las divinidades poéticas de los cristianos. El Dios de la Escritura se arrepiente, es celoso, ama, aborrece y se enciende en cólera como un torbellino; el Hijo del hombre se

compadece de nuestros trabajos; la Virgen, los santos y los ángeles se conmueven con el espectáculo de nuestras miserias, y en general el *Parnaso* cuida mas de los hombres que el *Olimpo*.

Luego hay *pasiones* entre nuestras potestades celestiales, y estas pasiones tienen sobre las de los dioses del paganismo la gran ventaja de que nunca traen consigo la idea del desorden y del mal. Sin duda es una cosa maravillosa que al pintar la *ópera* ó la *tragedia* del cielo cristiano, no se pueda destruir en la imaginación del lector el sentimiento de la tranquilidad y alegría; ¡tanta santidad y justicia hay en el Dios que nos presenta nuestra religion!

Aun no se reduce á esto solo, porque si se quisiese absolutamente que el Dios de los cristianos fuese un ente impassible, se podrían tener espíritus ó inteligencias apasionadas tan dramáticas y tan perversas como las de los antiguos: el infierno reúne todas las pasiones de los hombres. Nos parece que nuestro sistema teológico es mas bello, mas arreglado y mas sabio que la doctrina fábulesca; que confunde hombres, dioses y demonios. El poeta halla en nuestro cielo los seres perfectos, pero sensibles y dispuestos en una brillante jerarquía de amor y de poder: el abismo encierra sus dioses apasionados y poderosos para el mal como los dioses mitológicos; los hombres ocupan el lugar medio, tocando al cielo por sus virtudes y á los infiernos por sus vicios: son amados de los ángeles, aborrecidos de los demonios y objeto de una guerra que solo ha de finalizar con el mundo.

Estos son unos grandes resortes que no pueden quejarse el poeta. Por lo tocante á las acciones de las inteligencias cristianas, no nos será difícil probar, como lo haremos muy pronto, que son mas extensas y enérgicas que las de los dioses mitológicos. El Dios que rige los mundos, que da movimiento á los cometas, eria el universo y la luz, abraza y comprende todos los tiempos, y ve la mas oculta del corazón humano; este Dios, digo, podrá ser comparado con un dios que se pasea sobre un carro, que habita un palacio de oro sobre una montaña y que ni aun prevé lo futuro? Ni tan siquiera hay la débil ventaja de la diferencia de sexos y de la forma visible, que no participen nuestras inteligencias ó divinidades como las de la Grecia, pues nosotros tenemos santas y vírgenes, y los ángeles toman muchas veces en la Escritura la forma humana.

Pero cómo preferir una santa, cuya historia dónde á veces la elegancia y el gusto, á una náyade arruinada á las márgenes de un arroyuelo? Es preciso separar la vida terrestre de la vida celestial de esta santa: sobre la tierra no fué mas que una mujer; su divinidad comenzó con su felicidad en las regiones de la bienaventuranza eterna. Además, es necesario tener siempre presente que la náyade destruya la *poesía descriptiva* y que un arroyo, presentado con su corriente natu-

ral, es mas agradable que su pintura alegórica; de modo que ganamos por un lado lo que parece perdemos por otro.

En cuanto á los combates, todo lo que se ha dicho contra los ángeles de Milton se puede aplicar á los dioses de Homero: de cualquier modo que se miran, son divinidades de quienes no hay que reostrar, porque no pueden morir. Marte derribado y cubriendo con su cuerpo nueve mugadas y Diana dando de bofetadas á Venus, son tan ridiculos como un ángel dividido en dos y que se enroscaba de nuevo como una serpiente. Las potestades sobrenaturales pueden muy bien presidir los combates de la epopeya; pero nos parece que de ninguna manera deben venir por sí mismas á las manos, fuera de ciertos casos que solo pertenece al gusto de sentenciar; esto mismo es lo que el exacto raciocinio de Virgilio había conocido hace ya mas de mil y ochocientos años.

Además de que no siempre son ridiculas en las batallas las inteligencias ó divinidades cristianas. Satanás aprehendiéndose para combatir á Miguel en el paraíso; el Dios de las batallas, caminando en una nube oscura á la frente de las legiones fieles, no es una merquina representación; el cuchillo exterminador presentándose repentinamente á los ojos del impio, causa sorpresa y terror; las milicias angélicas, derribando los ciempies de Jerusalén, hacen un efecto tan grande como los dioses enemigos de Troya sitiando el palacio de Priamo; finalmente, en Homero no se halla cosa mas sublime que el combate de Eneas contra los ángeles malos de Milton, cuando el Hijo del Hombre precipitándolos en el abismo, *medio áctiene su rayo por no angustiarlos*.

CAPITULO V.

CARÁCTER DEL VERDADERO DIOS.

Es una cosa maravillosa que el Dios de Jacob sea tambien el Dios del Franglico, y que el Dios que arroja el rayo sea tambien el Dios de paz y de inocencia.

El matiza las flores olorosas,
Cria los frutos, y su sabia mano
Con el calor del día y la frescura
De las noches atiende á sazonarlos.

Estamos persuadidos á que no se necesitan pruebas para mostrar cuán superior es *poéticamente* el Dios de los cristianos al *Júpiter* antiguo. A la voz del primero retiran los rios su corriente, el cielo se enrolla como un libro, se entresienten los mares; se enmujilan los muros de las ciudades, resacañan los muertos, y caen las plagas sobre las naciones; en él existe lo sublime y ahorra el cuidado de buscarlo. El *Júpiter* de Homero hambolcando el cielo con una sola señal de su sobre-

cejo, es muy majestuoso sin duda; pero Jehovah baja al caos, y luego que pronuncia el *fact lux*, se abisma y vuelve á entrar en la nada el fabuloso hijo de Saturno.

Cuando Júpiter quiero dar á los demás dioses una idea de su poder, les amenaza con arrojarnos á la oscuridad de un átrecel; y Jehovah no necesita prisiones ni ensayo de esta naturaleza.

No ha menester su brazo nuestro auxilio.

Por ventura los reyes de la tierra
¿Qué pueden contra él? En vano todos
Remunian sus altivas faldas,
Pues para disiparlas ó abertirlas,
Bastaría tan sola su presencia.
Habla, y al eco de su voz sonora
Los mares huyen y la tierra tiembla.
El ve enal una nada el universo,
Y los mortales débiles, que fueran
Vano juguete de la adusta muerte,
Son á sus ojos cual si no existieran.¹

Aquiles se presenta para vengar á Patroelo; Júpiter declara á los inmortales que pueden tomar parte en la batalla. Inmediatamente se pone todo el Olimpo en movimiento para combatir.

“El padre de los dioses y de los hombres hace silbar el rayo. Neptuno, levantando sus olas, atemoriza la inmensa tierra; el Ida sacude sus cimientos y sus cimas: rebosan sus fuentes, los navios de los griegos y la ciudad de los troyanos vacilan sobre el suelo fluctuante.

Espantado Pluton, del negro troano
Pálido baja, y temeroso grita.

Este trozo ha sido citado por todos los críticos on o el último esfuerzo de lo sublime. Los versos griegos son admirables: vienen á ser sucesivamente el rayo de Júpiter, el tridente de Neptuno y el grito de Pluton: parece que oímos cómo repiten el sonido de los truenos las concavidades del Ida. Las *rr* y las consonancias en *on* de que está lleno el verso griego, imitando el rodar del rayo interrumpido por espacios de silencio; así espira y renace sucesivamente en una tempestad entre lo profundo de los bosques la voz del cielo. Un silencio súbito y penoso é imágenes vagas y fantásticas sucesen repentinamente al tumulto de los primeros movimientos, y después de oído el grito de Pluton, parece que hemos caído en las regiones de la muerte. Todas las expresiones de Homero pierden su colorido, y quedan frías, madas y sordas; y una gran cantidad de *s* silbadoras imitan el murmullo de la voz inarticulada de las sombras.

De dónde tomaremos el paralelo y dónde

1 Ródine en su *Esther*, l. 3.
2 Hom. *Iliad*, l. XX, v. 56.

tiene la poesía cristiana medios suficientes para elevarse á estas bellezas? Júzgase. El Dios eterno es quien se pinta á sí mismo.

“Su cólera subió como un torbellino de humo, su rostro apareció como la llama y su ira como un fuego ardiente. El humilló los cielos, bajó, y las nubes estaban bajo sus pies. Tomó su vuelo sobre las alas de los querubines y se arrojó sobre los vientos. Las nubes amontonadas firmaban al rededor de él un pabellon de tinieblas; el resplandor de su rostro las disipó, y cayó de su seno una lluvia de fuego. El Señor tronó desde lo alto de los cielos, hizo oír su voz, y su voz se difundió como una borrasca ardiente. Disparó sus flechas y disipó mis enemigos: redobló sus rayos y los destruyó. Entonces se descubrieron las aguas en sus manantiales y aparecieron claramente los fundamentos de la tierra, porque vos, Señor, les habíais amenazado, y perubieron el aliento de vuestra cólera.

“Confesémoslo (dice Mr. de la Harpe, de cuya traducción hemos tomado este trozo); hay tanta distancia de este *sublime* á cualquier otro *sublime*, como del espíritu de Dios al espíritu del hombre. Aquí se ve la concepción de lo grande en su principio; lo demás es solo una sombra, así como la inteligencia humana no es más que una débil emanación de la inteligencia creadora; como la ficción, aunque bella, no es más todavía que la sombra de la verdad, de la que saca todo su mérito por un fondo de semejanza.”

CAPITULO VI.

DE LOS ESPÍRITUS DE LAS TINIEBLAS.

Los dioses del politeísmo, casi iguales en poderío, participaban de los mismos aborrecimientos y de los mismos amores. Si algunas veces se hallaban encontrados, era tan solo en las contiendas de los mortales, y se reconciliaban bien pronto habiéndose juntos el néctar.

Al contrario, el cristianismo, instruyéndose en la verdadera constitucion de los seres sobrenaturales, nos ha mostrado el imperio de la virtud separado siempre de el del vicio. Nos ha revelado los espíritus de las tinieblas maquinando continuamente la pérdida del género humano, y los espíritus de la luz empleados únicamente en los medios de salvarle. De aquí nace un perpetuo combate, del cual puede sacar una multitud de bellezas una imaginacion feliz.

Este maravilloso de un carácter muy sublime suministra después otro segundo de especie inferior, es á saber, la *magia*. Esta ha sido conocida de los antiguos; pero bajo nuestro cielo ha

1 La magia de los antiguos se diferenciaba de la nuestra en que aquella obraba por solos las virtudes de las plantas y de los filtros, y la nuestra dimana de una potencia

adquirido, como máquina poética, mas importancia y extension. Sin embargo, se debe usar sobriamente, porque no es de un gusto muy puro; carece especialmente de grandeza, porque todo de los hombres parte de su poder, la comunicamos su pequeñez.

Otro rasgo distintivo de nuestros seres sobrenaturales, sobre todo entre las potestades infernales, es el atributo de un carácter. Veremos pronto el uso que ha hecho Milton del carácter de orgullo dado por el cristianismo al príncipe de las tinieblas. Pudiendo además el poeta ligar á cada vicio un ángel malo, dispone á su arbitrio de un enjambre de espíritus infernales. Aun tiene entonces la verdadera alegoría, sin tener la sequedad que la acompaña, siendo aquellos espíritus antes reales, y tales como nos los permite crear la religion.

Pero si los demonios se multiplican tanto como los delitos de los hombres, pueden tambien concurrir á los terribles accidentes de la naturaleza. Todo cuanto haya de culpable y desordenado en el mundo moral y físico caerá igualmente bajo su resorte. Tan solo será preciso tener el cuidado de dar á las escenas un carácter majestuoso, cuando se la mezcla con los temblores de tierra, con los volcanes y con las sombras de un antiguo bosque. Es preciso que el poeta sepa hacer distinguir con un gusto exquisito el trueno del Atisimo del vano ruido que hace sonar un espíritu perdido. Será bueno que ponga el rayo solo en la mano de Dios y que jamás relumbré en una tempestad excitada por el infierno; que ésta sea siempre sombría y acéaga; que las nubes no estén teñidas por la *eléctra* y arrojadas por el viento de la *justicia*, sino que sean rápidas y ordenadas sus tintas, como las de la *Asterpacion*, y que no se muevan mas que al soplo impuro del aborrecimiento. Se debe sentir en estas borrascas un poderío solamente fuerte para destruir, y en ellas se deben hallar aquella incoherencia, aquel desórden y aquella especie de energía del mal que tiene algo de desproporcionado y gigantesco, como el caos de donde dimana.

CAPITULO VII.

DE LOS SANTOS.

Los poetas á la verdad no han sabido sacar de lo maravilloso cristiano todo cuanto puede suministrar á las musas. Se burlan de los santos y de los ángeles; pero no tenían los mismos antiguos sus semejanzas? Platón, y Sócrates encomiendan el culto de aquellos hombres que llaman *héroes*. *Honra á los héroes llenos de*

bondad y de luz, dice el primero en sus versos dorados. Y para que no haya equivocacion en este nombre de *Héroes*, Herodes el interprets en el mismo sentido que da el cristianismo al nombre de *santo*. “Aquellos héroes llenos de bondad y de luz piensan siempre en su Criador y están brillantes con el resplandor que resalta de la felicidad que gozan en él.”—Y añade mas adelante: “*Héroe* viene de una palabra griega que significa amor, para indicar que llenos de amor hacia Dios, no buscan los héroes mas que ayudarnos á pasar de esta vida terrestre á una vida divina, y á llegar á ser ciudadanos del cielo.” Los padres de la Iglesia llaman tambien *héroes* á los santos, de la misma manera que dicen que el bautismo es el sacerdocio de los legos y que hace de todos los cristianos *reyes y sacerdotes de Dios*.

Y sin duda que son héroes todos aquellos ilustres mártires que domando las pasiones de sus corazones y arrojando la torquedad de los hombres, han merecido por estos trabajos gloriosos ascender á la clase de las potencias celestiales. En el politeísmo ha habido muchos *sofistas* que se han mostrado mas morales que la religion de su patria; pero entre nosotros ningún filósofo, por sabio que haya sido, se ha podido elevar jamas sobre la moral cristiana. Mientras que Sócrates honraba la memoria de los justos, ofrecía el paganismo á la veneracion de los pueblos bandidos cuya única virtud, después de haberse manchado con todo género de vicios, era la fuerza corporal. Si algunas veces se concedía la dedicacion á los buenos reyes, tambien tenían sus sacerdotes y sus templos los Tiborios y los Nerones. ¡Sagrados mortales, cuya honra nos encomienda la Iglesia de Jesucristo, vosotros ni érais fuertes ni poderosos entre los hombres! ¡Nacidos por lo común en la cabaña del pobre, no habíais ostentado á los ojos del mundo mas que humidades dias y oscuras desgracias! ¡Es posible que solo se ha de oír siempre blasfemias contra una religion que defendiendo la indigencia, el infortunio, la sencillez y la virtud, ha hollado y despreciado la felicidad mundana, la riqueza, la ostentacion y el vicio?

Pues ¿qué tienen de odioso á la poesía esos solitarios de la Tebaida, con su hábito blanco y su vestido hecho de hojas de palma? ¿Los pájaros del cielo los alimentan? ¿los leones les traen sus menajes? ¿cavan sus sepulchros? tratando familiarmente con los ángeles, llenan de milagros los desiertos donde existió Menfis? Horeb y Si-

1 Hierocl. Com. in Pyth. *Traduc. de Dac.* t. pág. 20.

2 Hieron. Dial. c. Lucif. tom. II, p. 186.

3 Hier. op. *vit. Paul.*

4 Theod. *Hist. relig.* cap. 6.

5 Hieron. in *vita Paul.*

6 Hablamos rápidamente de estos solitarios porque trataremos de ellos en otra parte.

naí, el Carmelo y el Líbano, el impetuoso Cedron y el valle de Josafat repiten aun la gloria del habitante de la celdita y del ancoreta de la roca. Las musas gustan de estar en aquellos antiguos monasterios llenos de las sombras de los Antonios, Pacomios, Benitos y Basilio. Los primeros apóstoles predicando el Evangelio á los primeros fieles en las catacumbas ó bajo la palma. Tienen á su hijo en sus brazos y calma las ondas con una sonrisa. ¡Encantadora religión, que opone lo que tiene el cielo de mas dulce á lo que hay de mas terrible en la naturaleza, á las tempestades del Océano, un pequeño niño y una tierna madre!

Omitiremos por ahora, porque habláremos de ellos después, todos aquellos bienhechores de la humanidad que fundaron hospitales y se entregaron á la pobreza, á la peste y á la esclavitud por socorrer á los hombres. Nos limitaremos solo á las Escrituras, temiendo descarrarnos en un asunto tan dilatado é interesante. Josué, Rías, Isaias, Jeremías, Daniel, y por último, todos los profetas que viven al presente con una vida eterna, no podrán hacer oír sus sublimes lamentaciones en un bello poema? No se puede llamar aun con sus lágrimas la urna de Jersalem? no hay ya sauces en Babilonia para colgar de ellos sus destempladas arpas? A nosotros, aunque no somos poetas, nos parece á la verdad que formarían sobre las nubes muy bellos grupos todos estos hijos de la vision profética; los pintaríamos con cabeza flamígera; una barba platarada bajaría sobre su pecho inmortal, y resplandecería en sus miradas el Espíritu divino.

Pero qué multitud de sombras venerables resucita en la caverna de Mambré á la voz de una musa cristiana? ¡Abraham, Isaac, Jacob, Rebeca, y todos vosotros, hijos del Oriente, reyes, patriarcas, abuelos de Jesucristo, cantad la antigua alianza de Dios con los hombres! Contadnos esa historia tan agradable al cielo, esa historia de José y sus hermanos. El coro de los santos reyes y David al frente, la armada de los confesores y de los mártires vestidos de sus brillantes ropas, nos ofrecerán tambien sus maravillosos: estos últimos presentan al pincel el género trágico en su mayor elevación. Después de la pintura de sus tormentos, dírannos lo que Dios hizo por aquellas santas víctimas y el don de milagros con que honró sus sepulcros.

Junto aquellos augustos coros colocáremos los de las vírgenes celestiales, las Geneovevas de Brabante, las Pulquerias, las Rosalías, las Teresas, las Cecilia de Belloy, las Lucías, las Isabelas, las Eulalias. Lo maravilloso del cristianismo está lleno de estas concordancias y de estos graciosos contrastes. Se sabe cómo Neptuno

..... Levantándose sobre el mar,
De una voz calma las olas.....

Nuestros dogmas admiten otra poesía muy distinta. Va á perecer un navío; el capitan perdona sus pecados á todos con palabras misteriosas que desatan las almas, y endereza al cielo

esta súplica que en un torbellino envía el espíritu del marino al Dios de las tempestades. Y así abre el Océano para tragar á los marineros y ya parece que levantando las olas su triste voz entre los peñascos, comienzan los cánticos fúnebres: atraviesa repentinamente la tempestad un rayo de luz; la *Estrella de los mares*, Marina, patrona de los marineros, aparece en medio de la nube. Tienen á su hijo en sus brazos y calma las ondas con una sonrisa. ¡Encantadora religión, que opone lo que tiene el cielo de mas dulce á lo que hay de mas terrible en la naturaleza, á las tempestades del Océano, un pequeño niño y una tierna madre!

CAPITULO VIII.

DE LOS ANGELES.

Tal es lo maravilloso que se puede sacar de los santos, sin hablar de las diversas historias de sus vidas; mas en la jerarquía de los ángeles se descubre después una doctrina tan antigua como el mundo y un inmenso tesoro para el poeta. No solo llevan estos divinos mensajeros los decretos del Altísimo de un extremo del universo al otro y son las invisibles guardias de los hombres, ó toman para manifestarse á ellos las formas mas amables, sino que aun nos permite la religión unir ángeles protectores á la bella naturaleza, así como á todos los sentimientos virtuosos. Qué innumerable multitud de divinidades vienen de repente á poblar los mundos!

Entre los griegos finalzaba el cielo en el vértice del Olimpo y sus dioses no subían mas arriba que los vapores de la tierra. Lo maravilloso cristiano, de acuerdo con la razón, las ciencias y la expansión de nuestra alma, se interna de mundo en mundo, de universo en universo, por sucesiones de espacios, donde aterrada la razón tiembla, y vuelve pié atrás. En vano escudriñan los telescopios todos los rincones del cielo, en vano siguen al cometa mas allá de nuestro sistema; el cometa al fin se les escapa, pero no se oculta al arcángel que le lleva á su polo desconocido y que al tiempo fija le volverá á traer por sendas misteriosas hasta el foco de nuestro sol.

El poeta cristiano es el único iniciado en el secreto de estas maravillas. De globo en globo, de sol en sol, con los serafines, los tronos, los ardores que rigen aquellos mundos, fatigada la imaginación vuelve á bajar por último sobre la tierra, como si fuera un río que derramase por una magnífica cascada sus doradas aguas á la faz de un Poniente lleno de resplandores; entonces se pasa desde la grandeza á la dulzura de las imágenes. Bajo el sombrío de los bosques se recorre el imperio del ángel de la soledad; se encuentra en la claridad de la luna el genio de las melancolías del corazón; se oyen sus suspiros en el murmullo de los bosques y en las quejas de

Flores; las rosas de la aurora no son mas que la cabellera del ángel de la mañana. El ángel de la noche reposa en medio de los cielos, donde se asemeja á la luna dormida sobre una nube; sus ojos están cubiertos con una faja de estrellas, sus talones y su frente un poco sonrosados con la púrpura de la aurora y la del crepúsculo; el ángel del silencio le precede y el del misterio le sigue. No injuriemos á los poetas juzgando que miran como genios displicentes para las musas al ángel de los mares, al de las tempestades, al de los tiempos y al de la muerte. El ángel de los amores santos da á las vírgenes un aspecto celestial, y el ángel de las armonías las hace el presente de sus gracias: el hombre justo debe su corazón al ángel de la virtud y sus labios al de la persuasión. Nada impide que se concedan á estos espíritus bienhechores atributos que distinguen sus poderes y sus oficios: el ángel de la amistad, por ejemplo, podría llevar un conidor maravilloso, donde se viesen bordados por un trabajo divino los consejos del alma, los obsequios sublimes, las palabras secretas del corazón, las alegrías inocentes, los castos emparecimientos, la religión, el encanto de los sepulcros y la esperanza inmortal.

CAPITULO IX.

APLICACION DE LOS PRINCIPIOS ESTABLECIDOS EN LOS CAPITULOS PRECEDENTES. CARÁCTER DE SATANAS.

Desde los preceptos pasamos á los ejemplos. Verificados á valer de lo que hemos dicho en los capítulos precedentes, comencémoslos por el carácter atribuido á los ángeles malos y citaremos al *Satanás de Milton*.

El Dante y el Taso habian pintado al marqués del infierno antes que el poeta inglés. La imaginación del Dante, agotada por nueve círculos de tortura, no ha hecho de Satanás encerrado en el centro de la tierra, mas que un monstruo atroz; el Taso dándole cuernos, ensi le ha hecho ridículo. Levado de estas autoridades, ha tenido Milton el mal gusto de arreglar á ellas su *Satanás* por un momento, pero se realiza muy pronto de un modo sublime. Oíd exclamar al príncipe de las tinieblas desde la alta de la montaña de fuego donde contempla su imperio por la primera vez:

“¡Adios, campos afortunados que habitan los gosos eternos! ¡Horrores, yo os saludo! ¡Yo te saludo, mundo infernal! ¡Abismo, recíbe á tu nuevo monarca! El te llama un espíritu á quien tú mudarán ni los tiempos ni los lugares.... A lo menos aquí seremos libres, reinaremos: reinare, aunque sea en los infiernos, es propio de mi ambición.”

1 Par. Lost, lib. I, v. 49, etc.

“¿Qué modo de tomar posesion del infierno!”

Habiéndose juntado el consejo infernal, representa el poeta á Satanás en medio de su senado:

“Sus formas conservaban una parte de su primitivo esplendor: esto no era menos aun que un ángel caído, una gloria un poco oscurcida. Así como cuando sale el sol, que despojado de sus rayos echa una ojeadita horizontal por medio de las nieblas de la mañana, ó como un eclipse está oculto este astro detrás de la luna, esparciendo sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto y atormentando á los reyes con el miedo de las revoluciones, así aparecía el arcángel oscurecido, pero resplandeciente aun sobre todos los compañeros de su caída. Sin embargo, su rostro estaba surcado con las cicatrices del rayo, y se vislumbraban sus pesadumbres sobre sus descoloridas mejillas.”

Acabámos de conocer el carácter de Satanás. Escapado del infierno y habiendo llegado sobre la tierra, sea llena de desesperación contemplando las maravillas del universo, y dirigiendo la palabra al sol, dice:

“Oh tñ, que coronado de una gloria inmensa dejas caer tus miradas como el Dios de aquel nuevo universo, desde lo alto de tu solitario dominio: tñ, á cuya presencia ocultan las estrellas sus humilladas cabezas, yo te dirijo mi voz, pero no una voz amiga; pronuncio tu nombre solamente, ¡oh sol! para decirte cuánto aborrezco tus rayos; ellos me recuerdan la altura de que he caído y cuán glorioso brillaba yo en otro tiempo sobre tu esfera. El orgullo y la ambición me han precipitado. Me atreví en el cielo mismo á declarar la guerra al Rey del cielo. No merecía esta correspondencia el que me habia criado en la eminente clase en que me hallaba.... Estando tan elevado, me desdéné de obedecer; creí que un paso mas tan solamente me colocaría en el estado supremo y me aliviaría en un instante de la carga inmensa de un agradecimiento eterno.... ¡Ah! ¿por qué no me hizo nacer su voluntad todopoderosa en la condición de algún ángel inferior? hoy aun sería yo dichoso; no se hubiera alimentado mi ambición con una esperanza ilimitada.... ¡Miserable! ¿dónde he de huir de una cólera infinita y de una desesperación sin fin? El infierno se halla en todas cuantas partes estoy; yo mismo soy el infierno.... ¡Oh Dios, mitiga tus golpes! ¡No ha quedado medio alguno para el arrepentimiento, ninguno para la miseri-cordia, ninguno fuera de la obediencia? ¡Obediencia! la soberbia me impide pronunciar esta palabra; ¡qué vergüenza para mí delante de los espíritus del abismo! ¡No los seduje yo, prometiéndoles la sumision, cuando me atreví á jactarme de subyugar al Todopoderoso? ¡Ah! en tanto que ellos me adoran sobre el trono de los infer-

1 *Ibid.*, v. 591, etc.

2 Véase la nota 18 al fin de la obra.

nos, ¡qué poco saben cuán caras pago aquellas soberbias palabras, cuando gimo interiormente bajo el peso de mis dolores! . . . Mas si yo me arrepiento, si por un acto de la gracia divina subiese á mi primer estado, ¡cómo se verifícaría que un puesto elevado excitara pensamientos altos y serían domosidos muy pronto los arrepentimientos de una sumisión fingida! El tirano lo sabe y está tan lejos de concederme la paz como yo estoy de pedirle el perdón. ¡Adios, pues, esperanza, y adios contigo, temor y remordimiento! Todo se perdió para mí. ¡Desdicha, sé mi único bien! Por ti dividiré á lo menos el imperio con el Rey del cielo: aun tal vez dominaré yo mas de una mitad del universo, como en breve lo experimentarán el hombre y ese mundo nuevo.”

Qualquiera que sea la admiración que nos cause Homero, nos vemos precisados á confesar que no tiene cosa comparable con este pasaje de Milton. Cuando juntamente con la grandeza del asunto, la belleza de la poesía y la elevación natural de los personajes, se echa de ver un conocimiento tan profundo de las pasiones, no se puede pedir más al ingenio. Satanás arrepintiéndose á la vista de la luz que aborrece, porque le recuerda la elevación que tuvo sobre ella; desando después haber sido criado en una condición inferior; endureciéndose luego en el delito por orgullo, por vergüenza y aun por desconfianza de su carácter ambicioso; apoderándose, en fin, del imperio del mal por toda una eternidad, por completo fruto de sus reflexiones y como para exprimir un momento de remordimientos, es ciertamente, sublimes y patéticas una de las concepciones más bellas del cerebro de un poeta.

Por otra parte, se nos representa ahora misma una idea que no podemos omitir. Cualquiera que tenga un poco de crítica y buenos principios de historia, puede reconocer que Milton incluyó en el carácter de su Satanás las perversidades de aquellos hombres que cubrieron de luto la Inglaterra hacia principios del siglo XVII. En él se advierte la misma obstinación, el mismo entusiasmo, el mismo orgullo y el mismo espíritu de rebelión é independencia. En él se divisan otra vez aquellos famosos *irredutores* que separándose de la religión de su país habían sacudido el yugo de todo gobierno legítimo y se habían rebelado á un tiempo mismo contra Dios y contra los hombres. El mismo Milton había participado de este espíritu de perdición; y para imaginar un Satanás tan detestable, era preciso que el poeta hubiese visto la imagen en aquellos réprobos que hicieron por tanto tiempo de su misma patria la verdadera mansion de los demonios.

1 Par. Lost., lib. IV, desde el verso 33 hasta el 113.

CAPÍTULO X.

ARTIFICIOS POÉTICOS.—VENUS EN LOS BOSQUES DE CARTAGO; RAFAEL EN EL TERREO DE EDEN, ETC.

Vengamos á los ejemplos de las invenciones ó artificios poéticos. Venus mostrándose á Eneas en los bosques de Cartago, es un trozo acabado en el género de las gracias. *Cui mater media, etc.* “Por medio del bosque, siguiendo su madre el mismo sendero, se adelanta á él. Tenía el rostro y el vestido de una virgen, y estaba armada al estilo de las hijas de Esparta, etc.”

Esta poesía es divina; pero el cantor de Edea la ha imitado mucho en la llegada del ángel Rafael al bosque de nuestros primeros padres. “Para mostrar sus formas divinas, lleva el serafín seis alas. Dos pegadas a sus espaldas son retraídas sobre su seno como los hienzos de un manto real; las de en medio se ciñen al rededor de él como una banda estrellada. . . . las dos últimas, teñidas de azul, dan encima de sus rápidos talones. Saende sus plumas, que esperecen bálsamos celestiales.

“Entra en el jardín de la felicidad, en medio de los bosquecillos de arrayan y de las nubes de nardo é incienso; soledad de perfumes donde la naturaleza en su juventud se entregaba á todos sus caprichos. . . . Adán sentado á la entrada de su emparrado, divisó al divino mensajero. Grita inmediatamente: “Eva, corre, ve á ver lo que es digno de tu admiración!” Mira hacia él “Oriente, por entre aquellos árboles.” Diríase “aquella figura gloriosa que parece dirigirse há “cia nuestro emparrado; parece una amorra que se levanta en medio del día. . . .”

Tan gracioso aquí Milton como Virgilio, le lleva la preferencia por la santidad y la grandeza. Rafael es mas bello que Venus, Edea mas encantador que el bosque de Cartago, y Eneas es un personaje frio y triste al lado del majestuoso Adán.

He aquí un ángel místico de *Klonstodt*:
 *Dann cil et der thronen.*

“Baja repentinamente hacia Gabriel el primer gémito de los tronos, para llevarle solemnemente ante el Altísimo. El Eterno le llama *Eloa* é el cielo *Eloa*. Mas perfecto que todos los, antes criado, ocupa el primer lugar cerca del Ser infinito. Uno de sus pensamientos es tan bello como todo el alma del hombre entera, cuando digna de su inmortalidad medita profundamente. Su mirar es mas hermoso que la mañana de una primavera, mas dulce que la claridad de las estrellas, cuando brillantes en su juventud se balancean cerca del trono celestial con todas sus abundan-

1 *Messias* Erat. ges. v. 286, etc.

cias de luz. Dios le crió el primero. Sacó su cuerpo aéreo de una gloria celestial. Cuando nació, un cielo entero de nubes flotaban en su rededor; el mismo Dios alzándole en sus brazos, le dijo bendiciéndole: *Criatura, veno aquí.*”

Rafael es el ángel exterior, Eloa el ángel interior. ¡Cuanto menos divinos nos parecen el Mercurio y el Apolo de la mitología, que aquellos gémito del cristianismo!

Muchas veces vienen los dioses á las manos en Homero, pero no se halla en él cosa igual al combate que se apescebe á dar Satanás á Miguel en el paraíso, ni á la derrota de las legiones destruidas por Emanuel; muchas veces eñran las divindades paganas á sus héroes favoritos, enbriéndolos con una nube; pero no parece que el Taso ha imitado muy bien este artificio cuando introduce á Soliman en Jerusalem. Aquel carro rodeado de vapores, aquel viaje invisible de un encantador y de un héroe por medio del campo de los cristianos, aquella puerta secreta de Herodes, aquellos recuerdos de los tiempos antiguos esparcidos en medio de una rápida narración, aquel guerrero que asiste á un consejo sin ser visto y que solo se desentere para decidir á Soliman á los combates; todo esto, pues, es maravilloso, y aunque del género mágico, es de una excelencia singular.

Para so objetará tal vez que el paganismo debe llevar á lo menos la preferencia en las pinturas voluptuosas. ¿Y qué hacemos de Armida? Dirémos que carece de hechizos cuando inclina sobre la frente de Rinaldo dormido, se cue el punto de su mano y se convierte en amor su odio; “Preferiremos á Ascalto, oculto por Venus en los bosques de Citores, al jóven héroe del Taso, encandado con flores y trasportado sobre una nube á las islas afortunadas: Aquellos jardines cuyo único defecto es el ser demasiado encantadores, y aquellos amores que solo carecen de un velo, no son seguramente pinturas tan ásperas. En este episodio se encuentra hasta la cintura de Venus, inñnita y justamente sentida. Finalmente, si los enfadados críticos quisiesen desterrar del todo la magia, los ángeles de las tinieblas podrían ejecutar por sí mismos todo lo que Armida hace por medio de aquella. Para esto nos autoriza la historia de algunos de nuestros santos: el demonio de los delictos siempre ha sido mirado como uno de los mas temibles y poderosos de los ábsomos.

CAPÍTULO XI.

CONTINUACION DE LOS ARTIFICIOS POÉTICOS.—SUEÑO DE ENEAS. SUEÑO DE ATALIA.

Solo nos falta hablar de dos artificios poéticos: los *viajes de los dioses y los sueños.*

Empezando por los últimos, escogeremos el sueño de Eneas en la noche fatal de Troya. El mismo héroe le cuenta á Dido.

*Tempus erat, etc.*¹

Era la hora en que al primer reposo Se van ya los mortales entregando, Y el sueño, de los dioses don sabroso, Sin ser sentido va el sentir privando, Cuando en sueños vi á Héctor lastimado, El triste rostro en lágrimas bañado, Al mismo carro que el arrastró asido, De polvo y sangre y de sudor teñido.

En duros corceones el cuidado Ligados los hinchados pies traía. ¡Ay triste de mí! ¡cuál y cuán mudado Venia del Héctor que ya ser solia, Cuando de los desposos adormado Volví, que el fiero Aquiles se vestía! ¡O cuando eché en la flota de los griegos Con mano osada los troyanos fuegos!

La ineulta y yerta barcha me miraba, Y el cable en sagrúnto humor tupido; Grande copia de heridas me mostraba, Que en torno á Troya había recibido: Lloraba yo con él, triste, y soñaba Que de su acorbo caso conoldido Con tristes quejas yo le prevenia, Y en voz doliente aquesto le decia:

“¡Oh luz de Troya! ¡oh Héctor dulce y caro! Tú que nuestra esparanza cierta fuiste, ¿Dó te detuvo tanto el hado bárbaro? ¿En qué región nuestro clamor oíste? ¿Quién sin causa afecó tu rostro claro?”

“Por qué tan fieras plagas padeciste? ¿Cómo á mal tanto de tu patria y gente, Y á tantas muertes te has hallado ausente? El mis querellas vana no escuchando, Mis acorbo dejó no respondiendo; Mas de lo hondo de su pecho dando Ardientes y trístimos gemidos, Hijo de Diosa, ¡ay! huye, ¡ay! sal volando De entre estas lamas (dice), hoy sois vencidos: Ya el enemigo muro y fuerte cierra: Hoy Troya y su grandeza á tierra viene.

¡Harto se ha hecho por el ser troyano, Y por la cara patria ya perdida: Si ser pudiera por alguna mano, Tambien por ella fuerá defendida; Mas pues pensar ya en esto es afán vano, Troya te encarga, Troya tu querida, Su religión, sus aras, sus penates, Que al furor del griego los arrebató.

Estos tu bado irán y á ti sigüendo, Con estos á buscar ciudad te aprasta, En cual mil muros navegado habiendo, Harás con muro altísimo compuesta. Esto me dijo; y al momento asiendo Del sacro altar á la potente Vesta,

¹ Aquí hebreo tenido por conveniente sustituir á la francesa la eñebre traducción de *Hernandez de Velasco*, tom. I, lib. 2, pág. 76, hasta la mitad de la 78.

Su ropa y tocás y la eterna brasa,
Sacado de lo oculto de su casa.

Este sueño es como un resumen del ingenio de Virgilio, donde se hallan en un cuadro estrecho todos los géneros de bellezas que le son propias.

Observad desde luego el contraste entre este horrible sueño y la hora apacible en que los dioses le envían á Eneas. Nadie ha sabido indicar los tiempos y los países de un modo más admirable que el cisno de Mantua. Aquí se halla un sepulcro, allí una aventura tierna que determina la posición de un lugar; mas allí una ciudad nueva toma una denominación antigua, y un arroyuelo extraño toma el nombre de un río de la patria. Por lo que toca á las horas, Virgilio ha hecho brillar casi siempre la más dulce sobre el sucesos más desgraciado. De un contraste lleno de triteza resulta esta moralidad filosófica: la naturaleza cumple sus leyes sin ser interrumpida por las débiles revoluciones de los hombres.

De allí pasamos á la pintura de la sombra de Héctor. Aquella fantasma que contempla Eneas en silencio, aquellos largos llantos, aquellos pies hinchados, son las mondas circunstancias que escoge siempre el gran pintor para poner á la vista el objeto. Aquel grito de Eneas: *quantum mutatus ab illo!* es grito de un héroe que realza la dignidad de Héctor. *Squalentem barbam et concretos sanguine crines* he aquí el espectro. Pero Virgilio hace á su modo un repetido retroceso.—*Taliter . . . circum pluvium muras accipit patrias.* Todo está aquí incluido, el elogio de Héctor, el recuerdo de sus desgracias y el de la patria por quien recibió tantas heridas. Estas locuciones ó *lux Dardaniæ Spes ó fússima Tæcæna* están llenas de un fuego verdadero: tanto alteran el corazón cuanto hacen atormentadas las palabras que siguen: *Ut le post multa troæan funera . . . aspiciamus!* ¡Ah! esta es la historia de enanos se han ausentado de su patria; á su regreso, se les puede decir como Eneas á Héctor:

¿Cómo á mal tanto de tu patria y gente,
Y á tantas muertes te has hallado ausente?

Finalmente, el silencio de Héctor y su profundo suspiro, seguido del *fræsus, crispæ flammæ*, hacen crinar el caballo. El último rasgo del dibujo muestra la doble poesía del sueño y de la visión; llevando en sus brazos la estatua de Vesta y el fuego sagrado, no parece sino que se va al Espéctro llevar á Troya del mundo.

Hay además en este sueño una belleza tomada de la misma naturaleza de la cosa. Eneas se recoge al pronto de ver á Héctor á quien cree vivo; luego habla de las desgracias de Troya, sucedidas después de la muerte del mismo héroe. La situación en que le vuelve á ver, no puede recordarse

le su destino, pregunta al hijo de Priamo de qué tiene aquellas heridas, y ya dijo antes que le había visto así el día que fué arrastrado al rededor de Ilión. Tal es la incoherencia de los pensamientos, sentimientos ó imágenes de un sueño.

Nos causa una complacencia singular el ver entre los poetas cristianos cierta cosa que contrasta, y tal vez excede á este sueño: poesía, religión, interés dramático; todo es igual en una y otra pintura, y aun alguna vez se halla Virgilio reproducido en Racine.

Athalía cuenta su sueño á Abner y á Mathan bajo el pórtico del templo de Jerusalem.

En el horror de la profunda noche
Mi madre Jatzabel á mí se muestra
Con aquellos pomposos atavíos
Que al sepulcro llevara. Su fiera
No se había humillado á las desgracias,
Y aun conservaba de su tez supuesta
El dulce brillo que su edad menta.
“Tiembra, me dice, hija mía, tiembra
“Ser víctima del Dios de los judíos:
“Infelice de tí, si á caer llegas
“En sus temibles manos.” Acabadas

Estas razones, hécia mi se acerca
Aquella fría sombra: yo la tiendo
Mis cariñosos brazos por cogerla,
Y solo un asqueroso promontorio
Toco (¡infeliz! ¡y qué espantosa escena!)
De helados huesos, y de inmunda carne,
De hambrientos perros agradable presa.

No sería aquí muy fácil decidir entre Virgilio y Racine. Los dos sueños están igualmente tomados de la fuente de los diferentes religiones de los dos poetas. Virgilio es más melancólico, Racine más terrible; esto no hubiera llegado á su fin si conocido el genio sombrío de los dogmas hebreos si hubiese referido como el primero el sueño de Athalia á una hora tranquila. Como va á presentarse mucho, promete también mucho en este verso:

En el horror de la profunda noche.

En Racine hay concordancia y en Virgilio contraste de imágenes.

Sería más magnífica que la caída de una sola reina la escena anunciada por la aparición de Héctor, es decir, la noche fatal de un grande pueblo y la fundación del imperio romano, si volviendo á encender Joas el hecho de David, no se mostrase á lo lejos el Mesías y la revolución de toda la tierra.

Sin embargo de que se descubre en los versos de los dos autores una misma perfección, nos parece aun más bella la poesía de Racine. Del mismo modo que se presenta Héctor delante de Eneas en el primer momento, se muestra en el

último. Mas la pompa y el brillo prestado de Jatzabel,

“Y aun conservaba de su tez supuesta
“El dulce brillo que su edad menta.”

seguido repentinamente, no de una forma entera, sino

“De helados huesos y de inmunda carne,
“De hambrientos perros agradable presa.”

es una especie de mutación de estado y de peripecia que da al sueño de Racine una belleza de que carece el de Virgilio. Por último, esta sombra de una madre que se baja hacia el lecho de su hija como para ocultarse en él y que se transforma repentinamente en huesos y carne mortificadas, es una de las bellezas indeterminadas y una de las circunstancias terribles de la verdadera naturaleza del fantasma.

CAPITULO XII.

SOBRE EL MISMO ASUNTO.—VIAJE DE LOS DIOSSES DE HOMERO. SATANÁS YENDO AL DESCUBRIMIENTO DE LA CREACION.

Llegamos al último de los artificios poéticos, es decir, á los viajes de los seres sobrenaturales. Esta es una de las partes de lo maravilloso, donde Homero se ha mostrado el más sublime. Ya cuenta que el carro del dios vuela con la rapidez del pensamiento de un viajero que se recuerda en un instante todos los lugares que ha recorrido; ya dice:

Cuando dilatado espacio ve en los aires
Desde elevada roca el que sentado
Está del ancho mar á las orillas,
Otro tanto atraviesan los ossos
Coeheros de los dioses inmortalés
De un salto solo

Cualquiera que sea el ingenio de Homero y la majestad de sus dioses, sin embargo, su maravilloso y toda su grandeza se van á oscurecer delante de lo maravilloso del cristianismo.

Habiendo llegado Satanás á las puertas del infierno, que le abrieron el pecado y la muerte, se prepara para ir al descubrimiento de un mundo nuevamente erido.

..... Like a furnace mouth,
.....
..... The sudden view
Of all this world at once.

1 Boleas en Longino.

1 Par. Lost., lib. II, v. 888 á 1050; lib. III, v. 501 á 544; y en algunos otros versos omitidos.

“Abrense las puertas del infierno. . . . vomitando como la boca de un horno borbollones de humo y llamas rojas. Súbitamente al aspecto de Satanás se descubren todos los secretos del antiguo abismo; océano sambrío y sin límites donde vienen á confundirse los tiempos, las dimensiones y los lugares; donde la antigua noche y el caos, abuelos de la naturaleza, mantienen una perpetua anarquía en medio de los rugidos y de una continua guerra, y reñan por la confusión. Satanás, detenido sobre el umbral del infierno, mira el vasto abismo, cima y tal vez sepulcro de la naturaleza, y pesa en sí mismo los peligros del viaje. Bien pronto desplegando sus dilatadas alas y apartando el píe del fatal umbral, se remonta en torbellinos de humo. Conducido sobre este nebuloso asiento, se remonta mucho tiempo con audacia; pero disipado el vapor por grados, le abandona en medio del vacío. Sorprendido, precipita en vano el movimiento de sus alas, y cae como un peso muerto.

“En el instante en que estoy yo cantando hubiera visto aun su caída, si no le hubiese arrebatado á alturas iguales á la profundidad que había recorrido una tumultuosa nube llena de fuego y azufre. Arrojado sobre tierras blandas y trémulas, por entre los elementos espesos ó sutiles. . . . camina, vuela, nada, y anda arrastrado. Ayudado de sus brazos, de sus piés y de sus alas, atraviesa los bancos de arena, los estrechos y las montañas. Finalmente, hiere con violencia sus oídos un rumor universal de voces y sonidos confusos. Alarga el inmediatamente su vuelo hacia aquella parte, resuelto á llegar al espíritu incógnito del abismo, que reside allí, y saber de él el camino de la luz.

“Divisa al instante el trono del Caos, cuyo sombrío pabellón se extiende á lo lejos sobre el inmenso abismo. A su lado está sentada la Noche, revestida de un manto negro: hija mayor de los Seres, es también la esposa del Caos. La Casualidad, el Tumulto, la Confusión, y la Discordia con sus mil bocas, son los ministros de aquellos espíritus tenebrosos. Satanás aparece delante de ellos sin temer.

“Espírita del abismo, los dice, Caos, y tú, antigua Noche, yo no vengo á averiguar los secretos de vuestros reinos. . . . Mostradme el camino de la luz, etc.

“Responde bramando el antiguo Caos: “Oh extranjero, yo te conozco! . . . Está pendiente sobre mi imperio un nuevo mundo, por la parte donde eayeron precipitadas tus legiones. Vuela y date prisa á cumplir tus designios. ¿Desolaciones, despojos, ruinas, vosotros sois las esperanzas del Caos!”

“Dijo, y Satanás lleno de alegría. . . se levanta con un nuevo vigor; atraviesa la atmósfera tenebrosa, como una pirámide de fuego. . . . y empieza por fin á hacerse sentir la influencia sagrada de la luz. Un rayo que salió de las mu-

rallas del cielo, refleja á lo lejos en el seno de las sombras una aurora dudosa y trémula; aquí empieza la naturaleza y se aleja el caos. Guidó Satán por estas móviles blancuras y semejanzas de un navío acosado de la tempestad por largo tiempo, reconoce el puerto con alegría y se desliza mas suavemente sobre las calmadas olas. A proporción que su acerca hacia el día, se presenta á su vista el Empíreo con sus torres de epólos preciosos y sus puertas de relumbrales zafiros.

“*Divisa por último á lo lejos una alta estructura, cuyas magníficas gradas se elevan hasta los muros del cielo. . . . Perpendicularmente al píe de los escalones místicos se abre un camino hacia la tierra. . . . Satán se arroja sobre el último escalón, é internando repentinamente su vista en las profundidades que están debajo de él, descubre todo aquel mundo á un mismo tiempo con una inmensa admiración.*”

Una religion que ha suministrado un maravilloso semejante, y que además ha dado la idea de los amores de Adán y Eva, no puede ser á los ojos del hombre imparcial una religion anti-póctica. ¿Qué comparación puede haber entre Juno, caminando hasta los confines de la tierra en Etiopia, y Satán subiendo desde lo profundo del caos hasta las extremidades de la naturaleza? Hay tambien en el original un efecto singular que no hemos podido expresar en la traducción, y que, por decirlo así, resulta del efecto general de aquel trozo: las profundidades que hemos observado parece que prolongan la carrera del príncipe de las tinieblas, dando al lector un sentimiento indeterminado de aquel infinito por donde ha pasado.

CAPÍTULO XIV.

EL INFIERNO CRISTIANO.

Entre muchas diferencias que distinguen el infierno cristiano del Tártaro antiguo, una es sobre todas la mas considerable: esta está en los tormentos que experimentan los mismos demonios. Pluton, los jueces, las parcas y las furias no sufrirán con los culpables. Los dolores, pues, de nuestras potestades infernales son un medio mas para la imaginación, y por consiguiente una ventaja poética de nuestro infierno sobre el infierno de los antiguos.

En los campos Ciméridos de la Odissea, la inestabilidad de la posicion geográfica, las tinieblas, la incoherencia de los objetos y el foso en que las sombras vienen á beber la sangre, dan á la pintura cierta cosa de formidable, y hacen que se asemeje mas al infierno cristiano que el Ténaro de Virgilio. En este se pueden considerar los progresos de los dogmas filosóficos de la Grecia. Las Parcas, el Cocito y la laguna Estigia se hallan en las obras de Platon. Allí empieza una distribución de castigos y recompensas, descono-

cidas á Homero. Ya hemos hecho notar que los paganos colocaban la infelicidad, la indigencia y la flaqueza, después de la muerte, en un mundo tan penoso como este. ¡Oh religion de Jesucristo! no has privado tú así de la esperanza á nuestras almas. Sabemos que al salir de este mundo de tribulaciones, los miserables humanos hemos de hallar un lugar de descanso, y que si en la tierra hemos tenido sed de justicia, nos satisfaremos de ella en la eternidad. *Situm iustitiam. . . ipse saturabuntur.* Si hemos satisfecho ya á la filosofía, tampoco nos será muy difícil convencer á las musas. A la verdad, no tenemos infierno cristiano tratado de una manera irreprochable. Ni el Dante, ni el Taso, ni Milton son perfectos en la pintura de los lugares del dolor. Sin embargo, algunos retratos acabados que se hallan en ellos indican que estos primeros maestros hubiesen retocado con tanto cuidado todas las demás partes del cuadro, parecerían infiernos tan poéticos como los de Homero y Virgilio.

CAPÍTULO XIV.

PARALELO DEL INFIERNO Y DEL TARTARO.—ENTRADA DEL AVERNO. FUERTA DEL INTERNO DEL DANTE. DITO. FRANCISCA DE ARIMINO. TORMENTOS DE LOS CULPABLES.

La entrada del Averno, en el sexto libro de la Eneida, tiene versos de un trabajo muy sublime.

*Ibant obscuri sola sub nocte per umbram,
Perque domos Diis vacuas et inania regna.
Pallentesque habitant Morbi, tristisque Senectus,
Et Mors, et maleducta Fames, et turpis Egestas,
Terribiles visu forme; Lethumque, Laborque,
Tum consanguineus Lethi Sopor, et mala mentis,
Gaudia. . . .*

Iban los dos por la region escura
Reino del gran Pluton, vacío de cuerpos,
Cercados de tiniebla y negra sombra.

Alí están las dolencias amarilladas,
Y la triste vejez y el torpe miedo,
La hambre á mal hacer persuasidora,
La iniferno, desechada y vil pobrezza,
Rostros de ver terribiles y espantosos,
El trabajo, la muerte, y su pariente
El sueño, los lícitos placeres
De el alma.

Velasco, lib. VI, pág. 296-97.

1 Paro I, lib. 6.

2 Tan manifiesta era entre los antiguos la injusticia de sus dogmas infernales, que el mismo Virgilio no ha podido menos de notarla.

Sortemque animo miseratus iniquam.

Boecl. lib. VI, p. 432.

Basta saber leer el latin para que nos resalte la armonía lígubre de estos versos. Oímos bramar la conevadid por donde corrian la Sibila y Rea: *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram;* pero entramos repentinamente en los espacios desiertos, en los reinos del vacío; *perque domos Diis vacuas et inania regna.* Vienen después sílabas sordas y pesadas, que indican admirablemente los pescos suspiros de los infiernos. *Tristisque Senectus, et Mors.*—*Lethumque Laborque;* consonancias que prueban que no ignoraban los antiguos esta especie de bellezas que resulan entre nosotros de la rima. Los latinos, así como los griegos, empleaban la repetición de los sonidos en las pinturas pastoriles y en las armonías sombrías.

El Dante, así como Eneas, anda errando desde luego en un bosque inenlto que encubre la entrada de su infierno. No hay cosa mas horrible que esta soledad. Inmediatamente llega el poeta á la puerta donde se lee la famosa inscripción:

Por mí se va hasta la ciudad doliente;
Por mí se va hasta el dolor eterno;
Por mí se va entre la perdida gente.
Dejad toda esperanza, vos que entráis.

Ved aquí precisamente el mismo género de bellezas que en el poeta latino. A todo oído hecía la cadencia monótona de estas rimas repetidas que indican tan bien aquel continuo grito de dolor que sube desde el fondo del abismo. En los tres *por mí se va*, parece que oímos el clamor de la agonía de un cristiano. El *dejad toda esperanza* es comparable al rasgo mas sublime del infierno de Virgilio.

Milton, á imitación del poeta de Mantua, puso la muerte á la entrada de su infierno (*Lethum*), y tambien el Pecado, que no es mas que el *mala mentis gaudia*, las alegrías culpables del corazón. Después describe así á la muerte:

The other shape, etc.

“La otra forma (si se puede dar este nombre á lo que no tenia formas) estaba de píe á la puerta. Era sombría como la noche y burda como diez furias. Blandia en su mano un dardo horrible, y llevaba la apariencia de una corona sobre la parte que parecía ser su cabeza.”

Nunca ha sido representada fantasma alguna de un modo mas indelible por el Pecado, el modo con que los ecos del inferno repiten el formidable nombre luego que se pronuncia la primera vez; todo fue una especie de osetro sublime, desconocido á la antigüedad.

Mr. Harris ha notado en su *Hermes*, que el género masculino, atribuido por Milton á la muerte, forma aquí una gran belleza. Si hubiera dicho *sheok her dart*, en

Si nos internamos en los infiernos, veremos á Eneas entrar en el campo de lígubre, *hæretæ campis*. Reconocemos allí á la desdichada Diody la percibe en el sombrío de un bosque, como es uno, ó se le figura que es, *de la luna nueva leantarse por entre los umbes.*

*Qualen primò qui surgere mense
Ant videt aut ridisse puto per subula lunam.*

Cual tal vez suele alguno
Ver, ó pensar que ve, por entre espesas
Nubes la nueva luna, que al principio
Del mes, con débil luz, sus cuernos muestra.

Todo este trozo es de un gusto exquisito; por tal vez el Dante agrada lo mismo en sus *campos de lígubre*. El aire vago en que flotan los amantes y las tempestades que los arrastran continuamente, son de una imaginación mas original que los bosques de arayan y los callos de árboles solitarios de Virgilio. El uno ha dado por castigo al amor sus mismos desvarios; el otro ha buscado su tormento en la imagen de los desórdenes que esta pasión produce. El Dante detiene delante de su torbellino á dos amantes desgraciados; Francisca de Arimino, preguntada por el poeta, le hace relación de su amor y desgracias.

Noi leggeamo, etc.

“Nosotros leíamos un día en un dulce ocio cómo venció amor á Lisnelot. Yo estaba sola con

La muerte es el Dios solo que me aterroriza
A implorar. . . .

Entre tanto, qué juicio hemos de formar de la crítica de Mr. Voltaire, que no ha sabido, ó ha fingido ignorar, que la muerte, *death* en inglés, podía ser al respecto del poeta, del género femenino, masculino ó neutro, arbitrio de que se le pueden aplicar igualmente los tres pronombres, *he, his ó she?* No habla con mas acierto Voltaire sobre la palabra *sin, pecado*, cuyo género femenino le escandaliza.

Por qué no se enfada tambien contra aquellos navios, *ships, man of war*, que son (asi como en el latin y en el antiguo francés) tan expresivamente femeninos. En general, todo lo que tiene *extensión y capacidad* (es observacion de Mr. Harris), todo lo que puede contener por su naturaleza, se pone en inglés en femenino, y esto por una lógica muy sencilla y que hace bastante impresion, porque trae su origen de la maternidad: todo lo que implica *distinción ó seducción* sigue la misma ley. Por eso Milton ha podido y aun debido dar al pecado el género femenino, poniéndose á paronomástico.

mi amante y no nos angustiaba la desconfianza: mas de una vez quedaron pálidos nuestros rostros y se encontraron nuestros ojos turbados; pero un solo instante nos perdió á los dos. Cuando por fin logró el dichoso Lancelot el deseado escudo, entonces fijó sobre mí, boca sus trémulos labios aquel que jamás me será arrebatado; y dejamos caer el libro por quien nos fué revelado el misterio del amor.²¹

¡Qué admirable sencillez en la narracion de Francesca y qué delicadeza en el rasgo que la termina! No se ha expresado mas castamente Virgilio en el cuarto libro de la Eneida, cuando Júpiter da la señal, *dant signum*. Aun es al cristianismo á quien debe este trozo una parte de su patético. Francesca es castigada por no haber sabido resistir á su pasion y por haber sido infiel á su esposo. La inflexible justicia de la religion contrasta con la compasion que excita en nosotros una mujer débil.

No lejos del campo de lágrimas ve Enes el de los guerreros; halla en él á *Defice* mutilado cruelmente. Por interesante que sea su historia, presenta un rasgo mucho mas superior el solo nombre de Ugoino. Nosotros concebimos que Mr. Voltaire no vio mas que objetos burlescos en los fuegos de un infierno cristiano; sin embargo, no será mas ventajoso para el poeta el encontrar allí al conde Ugoino, y materia para versos tan hermosos y para episodios tan trágicos?

Si desde estos pormenores pasamos á un examen general del *Inferno* y del *Tártaro*, hallaremos en este á los Titanes derribados, á Ixion amenazado con la caída de un peñasco, á las hijas de Danao con su tonel y á Tántalo burlado por las aguas, etc.

Ya sea porque empezamos á acostumbrarnos á la idea de aquellos tormentos, ó ya porque ellos no tienen en sí mismos cosa que haga hacer lo terrible, porque se miden por fatigas conocidas en la vida, lo cierto es que hacen poca impresion en el alma. Pero ¿quiereis convenceros y saber hasta dónde puede llegar la imaginacion del dolor, y conocer la poesia de los tormentos y los clamores de la carne y de la sangre? lejad al infierno del Dante. Por una parte traen á vuestras á las sombras los remolinos de una tempestad, y por otra encierran á los fautores de la herejía los abasados sepulcros. Los tiranos están sumergidos en un rio de sangre tibia; los suicidas que han despreciado la noble naturaleza del hombre, han retrogradado hacia la planta y han sido transformados en árboles raquíticos que crecen entre una

1 Seguimos la traduccion de Mr. de Rivarol; pero sin embargo, si nos es lícito proponer nuestras dudas, tal vez este elegante rodo, y dejamos caer el libro por quien nos fué revelado el misterio del amor, no expresa enteramente la sencillez de este verso:

Quel giorno piu non vi leggemmo avante.

ardiente arena y cuyas ramas arrancan continuamente las harpias. Aquellas almas no volverán á tomar sus cuerpos en el dia de la resurreccion; los llevarán arrastrando al horrible valle, para colgarlos de las ramas de los árboles á que están unidas.

Ni se diga que un autor griego ó romano pudo tambien hacer un infierno en todo semejante al del Dante; aunque esta advertencia fuese verdadera, no concluirá cosa alguna contra los medios poéticos de la religion cristiana; y cualquiera que tenga un poco de conocimiento del espíritu de la antigüedad, convendrá en que el tono sombrío del infierno del Dante no se halla en la teología pagana y que pertenece á los formidables dogmas de nuestra fe.

CAPITULO XV.

DEL PURGATORIO.

Es preciso confesar á lo menos que el *purgatorio* ofrece á los poetas cristianos un género de maravilloso desconocido de la antigüedad.¹ Tal vez no hay cosa mas favorable á las musas que aquel lugar de purificacion colocado sobre los confines del dolor y de la alegría, y donde se vienen á reunir los sentimientos confusos de la felicidad y del infortunio. La graduacion de los sufrimientos en razon de las faltas pasadas y aquellas almas mas ó menos dichosas, mas ó menos brillantes, segun que se aproximan mas ó menos á la doble eternidad de los placeres ó de las penas, presentarían pinturas patéticas. El *purgatorio* excede en la poesia al cielo y al infierno, en cuanto presenta una cosa futura que falta á los dos primeros.

En los *Eliseos* antiguos no estaba inventado con poca gracia el rio Leteo; mas sin embargo, no se podría decir que las sombras que renascian á la vida sobre sus orillas, suministraban la misma progresion poética hacia la felicidad que las almas del *purgatorio*. Dejar los campos de los Manes dichosos para volver á este mundo, era pasar de un estado perfecto á otro que lo era menos; era volver á entrar en el círculo, renacer para morir y ver lo que ya se habia visto. Todo aquello cuya extension se puede medir con nuestro entendimiento, es pequeño. El círculo, que entre los antiguos representaba la eternidad, era sin duda una imagen verdadera y grande; pero sin embargo, no se puede decir que destruye á la imaginacion, obligándola á dar vueltas en este cerco formidable? Tal vez sería mas bella la li-

1 Se hallan algunas vestijas de este dogma en Platon y en la doctrina de Zenon. (*Vid. Diag. Lect.*) Los poetas parece que tuvieron tambien alguna idea de él (*Eneida*, lib. VI), pero indeterminada, sin ilacion y sin objeto.

Véase la nota 19 al fin de la obra.

nea recta y prolongada sin fin, porque metería el pensamiento en un vacío espantoso y haría caminar de frente tres cosas que parecen excluirse: la esperanza, la movilidad y la eternidad.

La proporcion que debe establecerse entre la ofensa y el castigo, producida en el *purgatorio* todos los encantos del sentimiento. ¡Cuántas penas ingeniosas reservadas á una madre demasiado tierna, á una hija crédula no demasia y á un jóven excesivamente fogoso! Con efecto, supuesto que los vientos, los fuegos y los hielos suministran sus violencias á los tormentos del infierno, ¿por qué no se habian de hallar padecimientos mas dulces en los cantos del ruiseñor, en los perfumes de las flores, en el ruido de las fuentes ó en las afecciones puramente mentales? Homero y Ovidio cantaron los *placares del dolor*, ¿por qué?

El segundo medio poético respectivo á la naturaleza del *purgatorio*, nace de aquel dogma que nos enseña que las oraciones y buenas obras de los mortales abrevian la libertad de las almas. ¡Oh admirable comercio entre el hijo viviente y el padre muerto, entre la madre y la hija, el esposo y la esposa, el amante y la amada, la vida y la muerte! ¡Qué cosas tan tiernas en esta doctrina! Mi virtud, sin embargo de ser un miserable mortal, es un bien comun para todos los cristianos. Así como yo he participado del pecado de Adán, mi justicia es reputada tambien en favor de los demás. ¡Poetas cristianos! las súplicas de vuestros Nisos llegarán á un Buriato mas allá del sepulcro; vuestros ricos podrán repetir con los pobres su superfluo, y en recompensa del gusto que han tenido en hacer esta senalla y buena accion, sacará Dios de un lugar de tormentos á su padre y á su madre. Es una cosa preciosa haber obligado á la virtud el corazón del hombre con el atractivo del amor, y pensar que tal vez el mismo maravadi que da el pan por un momento al miserable, da acceso á una alma restada el asiento eterno en la mesa del Señor.

CAPITULO XVI.

EL PARAÍSO.

El rasgo que distingue esencialmente al *Paraíso* de los *Eliseos*, consiste en que en el primero habitan con Dios y con los ángeles en el cielo, las almas santas y en el segundo están separadas del Olimpo las sombras dichosas. El sistema filosófico de Platon y de Pitágoras, que divide en el alma dos esencias, la *carne sutil* que se veuela sobre la luz, y el *espíritu* que sube á la Divinidad; este sistema, digo, no es de mi asunto, ni yo hablo mas que de la teología poética.

Hemos hecho ver en muchos lugares de esta obra la diferencia que hay entre la felicidad de los escogidos y la de los Manes de los *Eliseos*.

Una cosa es bailar y celebrar fiestas, y otra conocer la naturaleza de las cosas, leer en lo futuro, ver las revoluciones de los globos, y por último, estar como asociado á la plena ciencia, si ya no es al absoluto poder de Dios. Es por lo mismo cosa bien extraña que con tantas ventajas los poetas cristianos se hayan degradado en la pintura del cielo. Los unos han pecado por timidez, como el Taso y Milton; los otros por cansancio, como el Dante; por filosofía, como Voltaire, ó por abundancia, como Klopstock.¹ En este asunto hay sin duda cierto escollo oculto: ved aquí acerca de él cuáles son nuestras conjeturas.

Es propio de la naturaleza del hombre no simpatizar mas que con las cosas que tienen relaciones con él y le comprenden por algun lado, como por ejemplo, la degradación. El cielo, donde reina una felicidad ilimitada, es demasiado superior á la condicion humana para poder mover el alma apenas nos excitan interés los seres perfectamente felices. Por eso han tenido siempre los poetas mejor éxito en la descripcion de los infiernos, porque en ella se halla á lo menos la humanidad y los tormentos de los culpables nos recuerdan los pesares de nuestra vida. Nos enternece con los infortunios de los demás, como los esclavos de Aquiles, que derramando muchas lágrimas por la muerte del Patricio, lloraban secretamente sus infortunios.

Somos do parecer que para evitar la indiferencia que resulta de la eterna y siempre igual felicidad de los justos, sería menester establecer desde luego una esperanza en el cielo, y una especie cualquiera que fuese ó de mayor dicha, ó de una época mas dilatada, desconocida en la revolucion de los seres. Después se podrían recordar mas las cosas humanas, ya sacando comparaciones ó ya dando afecciones y aun pasiones á los escogidos. La Escritura es muy favorable á esta idea, porque nos habla de las *esperanzas* y de las *santas tristezas del cielo*. ¿Por qué no ha de haber en el paraíso los llantos de que son capaces los escogidos? Por estos diversos medios se harian renacer las armonías entre nuestra débil naturaleza y una constitucion mas sublime entre nuestros rápidos fines y las cosas eternas: nos induciríamos menos á creer como una bella ficcion una felicidad que estaria mezclada de mutacion y de lágrimas como la nuestra.

Segun estas consideraciones sobre el uso de lo maravilloso del cristianismo en la poesia, puede á lo menos dudarse que lo *maravilloso* del paga-

1 Es cosa singular que eranean Chastelain cerca de mártires, vírgenes y apóstoles, sea el único que ha colocado el paraíso cristiano en su verdadero punto de vista.

2 Milton se valió de esta idea cuando representó á los ángeles contentados con la nueva de la caída del hombre, y *Pensel* dió el mismo movimiento de compasion á las almas dichosas.

nismo tenga sobre el primero una ventaja tan grande como generalmente se ha querido suponer. Hase opuesto á Milton con sus defectos, á Homero con sus bellezas; pero supongamos que el cantor de *Eden* hubiese nacido en Francia en el siglo de Luis XIV y que á la sublimidad de su genio hubiese reunido el gusto de Racine y de Boileau: ¿qué hubiera sido entonces; preguntamos, del *Paraiso perdido*, y si lo maravilloso no hubiera igualado al de la *Iliada* y al de la *Odisea*? Si juzgásemos la mitología por la *Farsalia* ó por la *Eneida*, tendríamos de ella la brillante idea que nos ha dejado el padre de las gracias, el inventor del cedifor de Venus! Cuando tengamos sobre un asunto cristiano una obra tan perfecta en su género como las de Homero, entonces podemos decidir en favor del maravilloso de la fábula ó del de nuestra religión; pero hasta entonces permitámonos dudar de la verdad de este precepto de Boileau:

*De la foi d'un chrétien les mystères terribles
D'ornemens vains se sont point susceptibles;*
Art. poét. cant. III.

De la fe del cristiano los misterios terribles
De ornatos divertidos nunca son susceptibles.

Por último, podíamos excusar la lucha del cristianismo con la mitología en la parte que tiene relación con el maravilloso. Hemos emprendido este exámen por abundancia de medios y para manifestar los recursos de nuestra causa. Podíamos resolver la cuestion de un modo sencillo y preparatorio; pero cuando fuese cierto, como es dudoso, que el cristianismo no puede suministrar un maravilloso tan magnífico como el de la fábula, aun es verdad que tiene cierta poesía del alma, cierta imaginación del corazón, de las que ninguna señal vemos en la mitología. Así es que solo las bellezas poéticas que proceden de esta fuente, compensarian ampliamente las ingeniosas menfiras de la antigüedad.

En los cuadros del paganism todo es inquietud y resorte, todo es exterior, todo está dispuesto para los ojos; en las pinturas de la religion cristiana todo es sentimiento, todo pensamiento, todo interior, todo creado para el alma. ¡Qué encanto en la meditacion qué profundidad en la ilusión! Mas hechoz hay en una Efigura de las que hace derramar el cristianismo á sus fieles, que en todos los risueños errores de la mitología. Un autor puede escribir una página mas compasiva tomando el asunto de una *Nuestra Señora de los Dolores*, de una *Madre de piedades*, de algun santo oscuro, patron de ciegos y desamparados, que con todos los dioses del Panteon. Allí si que se encuentra poesia; allí si que se ve lo maravilloso. Si lo queramos mas sublime, contemplad la vida y dolores de Jesucristo y acordaos que vuestro Dios se llamó el *Hijo del*

hombre. Tiempo vendrá, y nos atrevemos á pronosticarlo, en que nos asombremos de haber perdido despreciar las bellezas que contienen solo los nombres, solas las expresiones del cristianismo; nos costará trabajo concebir como nos hemos burlado de la religion de la razon y de la desgracia.

Aquí terminan las relaciones directas del cristianismo y de las musas, pero acábamnos de ver lo *poeticamente* en sus conexiones con los *hombres* y en las que tiene con los *seres sobrenaturales*. Coronaremos lo que hemos dicho sobre esta materia, con un exámen general de la santa Escritura: este es el manantial de donde han tomado parte de sus maravillas Milton, el Dante, el Tasso y Racine, así como los poetas de la antigüedad se valieron de los grandes resgos de Homero.

LIBRO SEXTO.

LA BIBLIA Y HOMERO.

CAPITULO I.

DE LA SAGRADA ESCRITURA Y DE SU EXCELENCIA.

Es sin duda alguna un cuerpo de obra bien singular aquel que principia por el Génesis y termina por el Apocalipsis; que empieza á darse á conocer con el estilo mas claro y sencillo, y finaliza con el tono mas figurado. Se podrá dudar que todo es grande y sencillo en Moisés, como aquella creacion del mundo, y aquella inocencia de los hombres primitivos que nos pinta? Si dudará tampoco que todo es terrible y fiero en el orden natural en el último profeta, como aquellas sociedades civilizadas y aquel fin del mundo que nos representan.

Las producciones mas extrañas á nuestras costumbres, los libros sagrados de las naciones inferiores, el *Zend-Avesta* de los antiguos Persas, el *Védica* de los Bramas, el *Alcorán* de los turcos, las Reconocimientos de los escandinavos, las máximas de Confucio y los poemas de Sanscritos, son obras que nos sorprenden, pues en unas y otras hallamos un regular y ordinario encaje de las ideas humanas. Todas ellas tienen entre sí alguna cosa común, ya en el tono, ya en el pensamiento. Solo la Biblia es la que á ninguna se asemeja: este es un monumento que no tiene conexión alguna con los demás. Explicada á un tártaro ó á un hotentote, á un salvaje Americano, ponida en las manos de un sacerdote chino ó de un monge mahometano, y causará igual ad-

miracion á unos que á otros. ¡Proeza milagrosa! venidos entre sí, han trabajado en los libros santos; y sin embargo de que han escrito en lenguas distintas, siempre han sido estos inimitables, y no se hallan en alguna otra composicion. El Nuevo Testamento, tan diferente del Antiguo por el lenguaje, participa sin embargo como el de tan admirable originalidad.

Pero no es esta la única cosa extraordinaria que los hombres concuerdan encontrarse en la Escritura. Los mismos que no quieren creer en la autenticidad de la Biblia, creen no obstante á pesar suyo cierta cosa en ella misma. Deístas y ateos, grandes y pequeños, atraídos todos por no sé qué cosa desconocida, no dejan de ojear incoscientemente la obra que los unos admiran y los otros desprecian. No hay en la vida una sola posicion para la cual no se pueda encontrar en la Biblia un versículo que parezca expresamente dicado para ella. Seria difícil persuadirnos que todos los acaecimientos posibles, féticos ó infelices, hubiesen sido provistos con todas sus consecuencias en un libro escrito por mano de los hombres; pero lo cierto es que en la Escritura se hallan:

El origen del mundo y el anuncio de su fin; la base de todas las ciencias humanas;

Todos los preceptos políticos, desde el gobierno del padre de familias hasta el despotismo, desde la edad pastoril hasta el siglo de corrupcion;

Todos los preceptos morales, aplicables á todos los estados y á todos los accidentes de la vida;

Finalmente, toda especie de estilos conocidos, los cuales sin embargo de formar un solo cuerpo de cien trozos diversos, no tienen semejanza alguna con los estilos de los hombres.

CAPITULO II.

EN LA ESCRITURA HAY TRES ESTILOS PRINCIPALES.

Entre estos estilos divinos tres son con especialidad los mas notables:

1.º El estilo histórico, como el del Génesis, Deuteronomio, Job, etc.

2.º La poesia sagrada, tal cual existe en los salmos, en los profetas y en los tratados morales.

3.º El estilo evangélico.

El primero de estos tres imita con un hechizo inexplicable, ya la narracion de la epopeya, como en la aventura de José, ya hace resonar liricos conciertos, como después del peso del mar Rojo; aquí suspira los dolores del santo Arabe, y allí canta con Ruth ternas brodicas. Aquel pueblo escogido, cuyos pasos todos son señalados con fenómenos; aquel pueblo por cuya causa se detiene el sol, mana agua el peñasco y el ciclo pro-

diga el maná; aquel pueblo no podia tener fastos ordinarios. Todas las formas conocidas se mudan con respecto á él; sus revoluciones se cuentan sucesivamente con la trompeta, la lira y la chrumbuga; el mismo estilo de su historia es un continuo milagro que atestigua la verdad de las maravillas enya memoria perpetúa.

Quedamos maravillosamente asombrados desde el principio de la Biblia hasta el fin. ¿Qué cosa se podrá comparar con la apertura del Génesis? Aquella sencillez de lenguaje que camina en razon inversa de la magnificencia de los objetos, nos parece el último esfuerzo del ingenio.

*Au principio creavit Deus celum et terram.
Terra autem erat inanis et vacua, et tenebre erant super faciem abyssi; et spiritus Dei ferebatur super aquas.
Dixitque Deus: fiat lux. Et facta est lux. Et vidit Deus lucem quod esset bona; et divisit lucem a tenebris.*

No se puede mostrar la belleza de semejante estilo, y si alguno le critica, no se sabría qué responderle. Nos contentámonos con observar que Dios ve la luz, y que como un hombre contento con su obra se aplaude á sí mismo y lo considera buena, es uno de aquellos resgos que se hallan en el orden de las cosas humanas; esto es natural en el entendimiento. Homero y Platon, que hablan de los dioses con tanta sublimitad, nada tienen de semejante á esta sencilla ingenuidad. Dios es quien se humilla al lenguaje de los hombres para hacerles conocer su poder y maravillas, pero permanece siempre Dios.

Cuando se piensa en que Moisés es el historiador mas antiguo del mundo; cuando se advierte que no ha interpolado ninguna fábula en sus escritos; cuando se le considera como el libertador de un gran pueblo, como el autor de una de las legislaciones mas bellas que se han conocido, y como el escritor mas sublime de cuantos han existido; cuando se le ve flotando en su cuna sobre el Nilo, ocultarse después en los desiertos por espacio de muchos años, no dejarse ver mas que para dividir el mar, hacer manar agua de las peñas, conversar con Dios en las nubes, y por último, desaparecer para siempre en la cima de una montaña, se queda uno asombrado. Pero cuando bajo las convenciones cristianas llegamos á pensar en que la historia de los israelitas no es solamente la historia de los dias antiguos, sino aun la figura de los tiempos modernos; que cada hecho es doble y contiene en sí mismo una verdad histórica y un misterio; que el pueblo judío es una recopilacion simbólica del género humano, representando en sus aventuras todo lo que ha sucedido y cuanto ha de suceder en el universo; que Jerusalem se debe tomar siempre por

1 Véase la nota 20 al fin de la obra.